

SAN ALFONSO M.^a DE LIGORIO

LAS GLORIAS
DE MARÍA

2^a Parte

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44
41003-SEVILLA

ISBN: 84.7770-333-8

D.L.: Gr. 1889-2001

Impreso en España

Printed in Spain

JACULATORIAS A MARIA SANTISIMA

Madre de Dios, acordaos de mí¹.

Virgen y Madre, haced que me acuerde siempre de Vos².

Virgen María, Madre de Dios, rogad por mí a Jesús³.

¡Oh Señora!, haced que Jesús no me rechace de sí⁴.

¡Oh María!, haced que mi corazón no cese jamás de amaros, ni mi lengua de alabaros⁵.

¡Oh Señora!, por el amor que tenéis a Jesús, ayudadme a amarle⁶.

¡Oh María!, dignaos hacerme vuestra sierva⁷.

¡Oh María!, me entrego toda a Vos, aceptadme y conservadme⁸.

¡Oh Señora!, no me abandonéis hasta la muerte⁹.

¹ San Francisco Javier.

² San Felipe Neri.

³ El mismo Santo.

⁴ San Efrén.

⁵ San Buenaventura.

⁶ Santa Brígida.

⁷ La beata Juana de Francia.

⁸ Santa María Magdalena de Pazi.

⁹ El P. Spinelli.

Ave María, Madre mía¹⁰.
Santa María, abogada mía, rogad por mí¹¹.

¡Cuán dulce es, oh Madre mía,
Vuestro nombre de María!
Dadme paz
Y solaz,
Que os quiero siempre invocar.

ORACION DE BLOSIO A LA VIRGEN MARIA

Dios os salve, esperanza de los desconfiados y ayuda de los desvalidos, oh María, a quien el Hijo hizo tanto honor, que alcanzaseis luego todo lo que pidiereis, y se hiciese luego todo lo que quisierais. A Vos están confiados los tesoros del reino del cielo. Haced, Señora, que siempre acudamos a Vos entre las borrascas de esta vida. A vuestra piedad encomiendo mi alma y mi cuerpo. Dirigidme y protegedme en todas las horas y en todos los instantes, oh dulce refugio mío.

VIVA JESUS NUESTRO AMOR, Y MARIA
NUESTRA ESPERANZA

¹⁰ San Francisco Brancaccio.

¹¹ El P. Sertorio Caputi.

DISCURSOS SOBRE LAS SIETE FIESTAS PRINCIPALES DE MARIA

DISCURSO PRIMERO

DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA

Cuánto convino a las tres Personas divinas preservar a María de la culpa original.

Fue muy grande la ruina que el maldito pecado causó a Adán y a todo el género humano, porque perdiendo él entonces miserablemente la gracia, perdió al mismo tiempo todos los otros bienes de los cuales al principio estuvo enriquecido, y atrajo sobre sí y sobre sus hijos todas las calamidades. Pero Dios quiso eximir de este común infortunio a aquella bendita Virgen que El había destinado para Madre del segundo Adán Jesucristo, quien había de reparar el daño que el primer Adán causara. Veamos, pues, cuánto convino a Dios y a las tres Personas divinas preservar a esta Virgen de la culpa original; al Padre considerándola como a Hija suya, al Hijo como a su Madre, y al Espíritu Santo como a su Esposa.

PUNTO I

En primer lugar, convino al eterno Padre exceptuar a María de la mancha original, porque era Hija suya, e Hija primogénita, como ella misma lo atestigua: “Yo salí de la boca del Altísimo engendrada antes de toda criatura”¹; cuyo texto aplican a María los sagrados intérpretes, los Santos Padres y la misma Iglesia, particularmente en la solemnidad de la Concepción. En efecto, ya sea primogénita en cuanto fue predestinada junto con el Hijo en los divinos decretos antes que todas las criaturas, como pretende la escuela de los Escotistas, ya sea primogénita de la gracia, como predestinada para Madre del Redentor después de la previsión del pecado, como quiere la escuela de los Tomistas, sin embargo todos están acordes en llamarla la primogénita de Dios. Siendo esto así, convino que María jamás fuese esclava de Lucifer, sino que sólo su Criador la poseyese siempre, conforme así se verificó, según ella misma dice: “El Señor me poseyó desde el principio de sus obras”²; por lo que con razón Dionisio, arzobispo de Alejandría, llamó a María: “Única y sola hija de la vida”³; a diferencia de las otras, que naciendo en pecado son hijas de la muerte.

Además, convino que el eterno Padre la criase en estado de gracia, porque la destinó para reparadora del mundo que estaba perdido, y mediadora de la paz entre los hombres y Dios, como la llaman los Santos

¹ Eccli. XXIV, 5.

² Eccli. loc. cit.

³ Ep. con. Pa. Samos.

Padres y especialmente San Juan Damasceno, el cual le dice: “¡Oh Virgen bendita!, Vos habéis nacido para cooperar a la salvación de toda la tierra”⁴. Esto mismo hizo decir a San Bernardo, que María fue figurada en el arca de Noé, porque así como en ella se salvaron los hombres del diluvio, así nosotros por medio de María nos hemos salvado del naufragio del pecado; pero con la diferencia que en el arca se salvaron pocos, y por medio de María se ha salvado todo el género humano⁵. Por lo que San Atanasio llama a María: “Nueva Eva, Madre de la vida”⁶. Nueva Eva, porque la primera fue madre de la muerte, y la Santísima Virgen es Madre de la vida. San Teófanés, obispo de Nicea, le dice: “Salve, Santísima Virgen, que alejaste la tristeza de Eva”. San Basilio la llama mediadora entre Dios y los hombres, y San Efrén la reconciliadora de todo el mundo.

No conviene, por cierto, al que es medianero de la paz ser enemigo del ofendido, y mucho menos cómplice en el mismo delito. No puede ir a aplacar al juez un enemigo suyo, dice San Gregorio, pues en vez de conseguirlo no haría más que enojarle. Por esto, debiendo ser María la mediadora de la paz entre Dios y los hombres, era justo que no apareciese también pecadora y enemiga de Dios, sino su amiga y limpia de pecado.

Convino además que Dios la preservase de la culpa original, porque la destinaba para hollar la cabeza de la serpiente infernal, que seduciendo a nuestros pri-

⁴ Orat. I. de Nat. Virg.

⁵ Serm. de B. Virg.

⁶ Or. de S. Deip.

meros padres atrajo la muerte a todos los hombres, como ya se lo predijo el Señor: “Pondré enemistades entre ti y la mujer, y su generación y tu descendencia; ella quebrantará tu cabeza”⁷. Si María, pues, había de ser la mujer fuerte puesta en el mundo para vencer a Lucifer, ciertamente no convenía que fuese vencida y hecha su esclava, sino que fue conforme a razón que estuviese exenta de toda mancha y sujeción al demonio. Este espíritu soberbio, así como había inficionado con su veneno a todo el género humano, procuró inficionar también el alma purísima de la Virgen. Mas sea alabada siempre la divina bondad, que a este fin la colmó de tantas gracias que permaneciendo ella libre de todo reato de culpa pudo así abatir y confundir su orgullo, como dice San Agustín, o cualquiera otro que sea autor del comentario del Génesis⁸; y más claramente aún San Buenaventura diciendo: “Era conveniente que la bienaventurada Virgen María, por quien debía sernos quitada la ignominia, venciese al diablo, de modo que ni por un instante estuviese bajo su dominio”⁹.

Pero lo que principalmente convino al Padre Eterno era que su Hija quedase exenta del pecado de Adán, porque la destinaba para Madre de su Unigénito. Antes que existiese criatura alguna, le dice San Bernardino de Sena, tú fuiste destinada en la mente de Dios para que el mismo Dios en ti se hiciera hombre¹⁰.

⁷ Gen. III. 15.

⁸ In cit. loc. Gen.

⁹ In 3. Dist. 3. art. 2. q. 1.

¹⁰ Serm. 15, c. 4.

Aun cuando, pues, no hubiera habido otro motivo, a lo menos por el honor de su Hijo, que era Dios, convenía que el Padre la criase pura de toda mancha. Dice el angélico Santo Tomás que todo lo que se halla ordenado por Dios debe ser santo y exento de toda mancha¹¹, y que por esto al trazar David el plan del templo de Jerusalén con aquella magnificencia que convenía al Señor decía: “No se prepara habitación para un hombre, sino para Dios”¹². Con mayoría de razón, dice el beato Dionisio Cartujano, debemos creer que destinando el sumo Hacedor a María por Madre de su mismo Hijo, debió adornar su alma de las más bellas prerrogativas, a fin de que fuese digna habitación de un Dios¹³. Y la misma santa Iglesia nos lo afirma diciendo que Dios preparó el cuerpo y el alma de María para que fuese digno albergue de su Unigénito en la tierra.

Es sabido que el primer honor de los hijos es descender de noble stirpe¹⁴. De aquí proviene que más fácilmente se soporta en el mundo la pena que causa el ser reputado por pobre o ignorante, que el ser de bajo origen, porque el pobre puede enriquecerse con su industria, y el ignorante hacerse sabio con el estudio; pero el que es de nacimiento oscuro difícilmente puede llegar a ser noble, y si por ventura consiguiese serlo, siempre pudiera echársele en cara la bajeza de su origen. ¿Cómo pudiéramos creer, pues,

¹¹ 1 p. q. 36, art. 2.

¹² 1 Par. XXIX, 1.

¹³ Lib. 2 de Laud. Virg.

¹⁴ Prov. XVII, 6.

que pudiendo hacer Dios que su Hijo naciese de una madre noble preservándola de la culpa, le hiciese nacer de una madre inficionada del pecado, permitiendo que Lucifer pudiera reprocharle el oprobio de haber nacido de una madre esclava suya y enemiga de Dios? No, el Señor no pudo permitirlo; al contrario, proveyó que su Madre fuese siempre inmaculada, mirando al honor de su Hijo, a fin de que fuese una madre cual convenía al mismo, según nos asegura la Iglesia griega¹⁵.

Es un axioma común entre los teólogos que jamás se ha concedido don a criatura alguna con el cual no haya sido también enriquecida la bienaventurada Virgen. He aquí cómo habla sobre el particular San Bernardo: “Ciertamente no es lícito ni aun sospechar que haya sido negado a una Virgen tan singular lo que ha sido concedido a alguno de los mortales”¹⁶; y Santo Tomás de Villanueva: “Nada jamás ha sido concedido a alguno de los Santos, que desde un principio no haya resplandecido reunido en María”¹⁷. Y siendo cierto que entre la Madre de Dios y los siervos del mismo hay una distancia infinita, según el célebre dicho de San Juan Damasceno¹⁸, debe necesariamente admitirse, como enseña Santo Tomás, que Dios concedió privilegios de gracia en todo género mayores a la Madre que a los siervos¹⁹. Sentado esto, replica San Anselmo,

¹⁵ In. Mem. die 28 Martii.

¹⁶ Epist. 174.

¹⁷ Serm. 2 Ass.

¹⁸ Or. 1 de Ass.

¹⁹ 3 p. q. 27, art. 2.

el gran defensor de la Concepción Inmaculada de María, diciendo: “¿Por ventura no pudo la divina Sabiduría preparar a su Hijo una habitación pura, a fin de preservarlo de toda mancha del género humano? Dios pudo conservar – prosigue el mismo Santo – ilesos a los Angeles del cielo en la caída de tantos otros, ¿y no pudo preservar a la Madre de su Hijo y a la Reina de los Angeles de la común caída de los hombres?”²⁰ Pudo Dios, añado yo, conceder a Eva la gracia de nacer sin mancha, ¿y no pudo hacerla después a María?

¡Ah!, no; Dios pudo muy bien hacerlo, y lo hizo, pues bajo todos conceptos convenía, como dice el mismo San Anselmo, que aquella Virgen a quien Dios había determinado dar a su único Hijo estuviese adornada de tal pureza que no sólo excediese a la de todos los hombres y de todos los Angeles, sino que fuese la mayor que después de la de Dios pudiera imaginarse²¹. Más claramente aún se expresa San Juan Damasceno diciendo: “Conservó el alma de María y asimismo su cuerpo, según correspondía a la que había de llevar en su seno al mismo Dios, que siendo santo descansa en los Santos”²². Por lo que el Padre eterno bien pudo decir a esta su querida Hija: “Hija, entre todas mis demás hijas tú eres como el lirio entre las espinas, pues si ellas están manchadas del pecado, tú fuiste siempre inmaculada y siempre mi amiga”²³.

²⁰ Serm. de Concep.

²¹ Diet. Lib. de Conc.

²² Lib. 4 de Fide Ort. cap. 15.

²³ Cant. II. 2.

PUNTO II

En segundo lugar convino al Hijo preservar a María de la culpa como a Madre suya. A ninguno de los demás hijos le ha sido concedida la facultad de escogerse la madre que les plazca; pero si alguna vez se concediese esta elección a alguno de ellos, ¿quién habría que pudiendo tener por madre a una Reina la eligiese esclava, pudiendo tenerla de elevada estirpe, la quisiese villana, pudiendo tenerla amiga de Dios, la prefiriese enemiga? Si solamente, pues, el Hijo de Dios pudo escoger a su gusto la madre, no hay duda, dice San Bernardo, que la elegiría tal como convenía a un Dios²⁴. Y siendo decoroso a un Dios purísimo tener una Madre exenta de toda culpa, tal se la eligió, como afirma San Bernardino de Sena²⁵; a lo que alude lo que escribió el Apóstol: Tal convenía que fuese nuestro Pontífice santo, inocente, inmaculado, segregado de los pecadores, etc.²⁶. Un sabio autor observa que, según San Pablo, fue conveniente que nuestro Redentor no sólo fuese exento de pecado, sino también separado de los pecadores, como lo explica Santo Tomás²⁷. Mas ¿cómo pudiera decirse que Jesucristo se halla segregado de los pecadores, si hubiese tenido una madre pecadora?

Aludiendo San Ambrosio a las palabras de San Pablo: “El primer hombre de la tierra, terreno, y el

²⁴ Hom. 3 sup. Miss.

²⁵ Tom. 2, Serm. 51, c. 1.

²⁶ Heb. VII, 26.

²⁷ 3 p. q. 4, art. 6.

segundo hombre del cielo, celestial”²⁸, dice: “No de tierra, sino de cielo se escogió este vaso, para que descendiese Jesucristo en él, y le consagró templo del pudor”²⁹. También San Ambrosio llama a la divina Madre Vaso celestial, no porque María no fuese terrena por naturaleza, como soñaron los herejes, sino celestial por gracia, porque ella aventajó a los Angeles del cielo en pureza y santidad, como convenía a un Rey de gloria que debía habitar en su seno, como San Juan Bautista lo reveló a Santa Brígida³⁰. A esto se añade lo que el mismo eterno Padre dijo a dicha Santa: “María fue vaso limpio, y no limpio. Limpio, porque fue hermosa; y no limpio, porque nació de padres pecadores, aunque fue concebida sin pecado, para que de ella naciese sin pecado mi Hijo”³¹. Y nótese las últimas palabras, a saber, que María fue concebida sin pecado, para que naciese sin pecado el divino Hijo. No porque Jesucristo hubiese sido capaz de contraer la culpa, sino para que no tuviese el oprobio de tener una Madre inficionada del pecado y esclava del demonio.

El Espíritu Santo dice que el honor del Padre es la gloria del Hijo, y la deshonor del Padre es el oprobio del Hijo³². Por lo que dice San Agustín que Jesús preservó el cuerpo de María de la corrupción después de su muerte, porque hubiera redundado en deshonor

²⁸ Cor. XV, 47.

²⁹ De Inst. Virg. cap. 5.

³⁰ Rev. I. I, cap. 17.

³¹ Lib. 5, cap. 13.

³² Eccli. III, 13.

suyo que aquella carne virginal de la que él se había revestido estuviese sujeta a la corrupción³³. Si hubiera, pues, sido un oprobio para Jesucristo nacer de una madre, cuyo cuerpo hubiese estado sujeto a la corrupción de la carne, ¿cuánto más lo hubiera sido que hubiese tenido el alma inficionada de la corrupción del pecado? Por otra parte, siendo verdad que la carne de Jesús es la misma que la de María, de tal manera que, como añade allí el mismo Santo, la carne del Salvador, aun después de su resurrección, quedó la misma que él había tomado en el seno de su Madre³⁴, por lo que Arnoldo Cartonense dijo: “La carne de Jesucristo es la misma que la de su Madre, y así entiendo que no es común, sino una la gloria del Hijo y la de la Madre”³⁵; siendo esto verdad, repito, si la bienaventurada Virgen hubiese sido concebida en pecado, aun cuando su Hijo no hubiera contraído la mancha, sin embargo habría quedado siempre contaminado habiendo unido a sí la carne un tiempo inficionada de la culpa, vaso de corrupción, y sujeta a Lucifer.

María no sólo fue Madre, sino digna Madre del Salvador, como la llaman todos los Santos Padres, San Bernardo³⁶, Santo Tomás de Villanueva³⁷; y la misma santa Iglesia reconoce que María mereció ser Madre de Jesucristo³⁸; lo cual explica Santo Tomás de Aquino diciendo: Que María no pudo merecer por sí la en-

³³ Serm. de Ass. B. V.

³⁴ Loc. cit.

³⁵ De Land. Virg.

³⁶ In Depr. ad Virg.

³⁷ Serm. 3 de Nat. Virg.

³⁸ Resp. 1 Noct. 2 in Nat. Mar.

carnación del Verbo, sino que con el auxilio de la divina gracia llegó a tal grado de perfección que se hizo digna Madre de un Dios, según lo que San Pedro Damiano escribió también de ella³⁹.

Admitido, pues, que María fue digna Madre de Dios, ¿qué excelencia, dice Santo Tomás de Villanueva, y qué perfección puede dejar de convenirle?⁴⁰ El mismo Doctor angélico enseña que cuando Dios elige a alguno para una dignidad, le hace también idóneo para la misma; por lo que dice que habiendo elegido Dios a María para Madre suya, la hizo ciertamente también digna con su gracia⁴¹; de lo que deduce el Santo que la Virgen jamás cometió ningún pecado actual ni aun venial; de otro modo, dice, no hubiera sido digna Madre de Jesucristo, pues la ignominia de la Madre hubiera recaído en el Hijo, habiendo tenido a una pecadora por Madre⁴². Si María, pues, cometiendo un solo pecado venial, que no priva al alma de la divina gracia, no hubiera sido digna Madre de Dios, ¿cuánto menos si hubiese sido rea de la culpa original, la cual la hubiera hecho enemiga de Dios y esclava del demonio? Esto fue lo que obligó a San Agustín a decir en aquella célebre sentencia suya, que hablando de María no quería tratar del pecado, por honor de aquel Señor que ella mereció por Hijo, el cual con su gracia la preservó de toda culpa⁴³.

³⁹ De Ass. Serm. 2.

⁴⁰ Serm. 3 de Nat. Virg.

⁴¹ 3 p. q. 27. art. 4.

⁴² Loc. cit.

⁴³ De Nat. et grat. contra Pet. t. 7. c. 36.

De consiguiente, debemos tener por cierto, como dicen San Pedro Damiano y San Proclo⁴⁴, que el Verbo encarnado se eligió una Madre digna de El, para no tener que avergonzarse de ella. No fue, pues, un oprobio para Jesús el oír que los hebreos le llamaban por desprecio hijo de María, como hijo de una pobre mujer⁴⁵, porque El vino al mundo a dar ejemplo de humildad y de paciencia. Al contrario, hubiera sido ciertamente un oprobio que los demonios hubieran podido decir: “¿No fue su Madre pecadora y al mismo tiempo esclava nuestra?” Y si hubiera sido también indecoroso que Jesucristo naciera de una mujer deforme o poseída del demonio, ¿cuánto más lo fuera el nacer de una mujer cuya alma estuviera algún tiempo manchada y poseída por el demonio? ¡Ah!, este Dios, el cual es la misma sabiduría, supo fabricarse en la tierra una habitación digna de El. “La Sabiduría se fabricó una casa”⁴⁶. “El Señor — dice David — santificó su habitación desde el principio de su vida, para hacerla digna de sí”⁴⁷, porque no convenía a un Dios santo elegirse una morada que no fuese santa⁴⁸. Y si El asegura que no entrará jamás a habitar en una alma malvada y en un cuerpo sujeto al pecado⁴⁹, ¿cómo podemos creer que el Hijo de Dios quisiese habitar en el alma y el cuerpo de María, sin santificarla antes y preservarla de toda mancha de pecado, pues, según

⁴⁴ Or. de Nat. Dom.

⁴⁵ Matth. XIII, 55.

⁴⁶ Prov. IX, 1.

⁴⁷ Ps. XLV, 5.

⁴⁸ Ps. XCII, 5.

⁴⁹ Sap. I, 4.

enseña Santo Tomás, el Verbo eterno habitó no sólo en el alma, sino en el seno de María?⁵⁰ La santa Iglesia canta: “Señor, Vos no habéis tenido horror de habitar en el vientre de la Virgen.” Sí, porque un Dios hubiera tenido horror de encarnarse en el seno de una Inés, de una Gertrudis, de una Teresa, pues estas vírgenes, aunque santas, estuvieron, sin embargo, algún tiempo manchadas del pecado original; pero no tuvo horror de hacerse hombre en el seno de María, porque esta Virgen privilegiada estuvo siempre exenta de toda culpa, y jamás se halló poseída de la enemiga serpiente, por lo que escribió San Agustín: “El Hijo de Dios no se fabricó para sí otra casa más digna que María, en la cual jamás penetraron los enemigos, ni fue despojada de su ornato.”

“¿Quién ha oído jamás —dice San Cirilo Alejandrino— que después de haberse fabricado un arquitecto una casa para su uso, haya concedido a su principal enemigo que la habitase primero?”⁵¹

“Sí, porque aquel Señor —replica San Metodio—, que nos impuso el precepto de honrar a los padres, haciéndose hombre como nosotros, no quiso infringirlo colmando a su Madre de gracias y honores”⁵². Por esto dice San Agustín que debe creerse que Jesucristo preservó de la corrupción el cuerpo de María después de la muerte, conforme antes se ha dicho, porque si no lo hubiese hecho, no hubiera observado la ley, la cual, así como prescribe honrar a la madre, prohíbe el

⁵⁰ 3 p. q. 27, art. 4.

⁵¹ In Conc. Eph. n. 6.

⁵² Or. in Hypap.

difamarla⁵³. De consiguiente, ¿cuánto menos hubiera Jesús atendido al honor de su Madre, si no la hubiese preservado de la culpa de Adán? El padre Tomás de Argentina, agustiniano, dice que “pecaría aquel hijo que pudiendo preservar a su madre de la culpa original no lo hiciese: pues lo que en nosotros sería pecado —añade el citado autor— debe creerse que no hubiera sido decoroso al Hijo de Dios; esto es, que pudiendo hacer inmaculada a su Madre no lo hubiese hecho”. “¡Ah!, no —dice Gerson— queriendo Vos, que sois el Príncipe supremo, tener una madre, tuvisteis de celar por su honor, y es bien manifiesto que no se observaría esta ley si hubieseis permitido que quedase sujeta a la abominación del pecado original la que debió ser morada de toda pureza”⁵⁴.

Además, se sabe, según escribió San Bernardino de Sena, que el divino Hijo vino al mundo más por redimir a María que a todos los otros hombres; y como hay dos modos de redimir, conforme enseña San Agustín, uno levantando al caído, y otro preservándole de caer, no hay duda que éste es el más noble; porque evita al alma el daño o la mancha que contrae siempre en la caída⁵⁵. Por lo que según este modo, el cual convenía a la Madre de un Dios, debe creerse que María fue redimida, como dice San Buenaventura en su segundo sermón de la Asunción que pertenece al Santo Doctor, según prueba Frasn⁵⁶; sobre lo que el

⁵³ Serm. de Ass. B. V.

⁵⁴ Serm. de Conc. B. V.

⁵⁵ S. Anton.

⁵⁶ Scor. Arcad. t. 8. a. 3. sect. 4. q. 1. pár. 1.

cardenal Cusano dice con elegancia: “Los demás tuvieron un Redentor que les libró del pecado ya contraído; pero la santísima Virgen tuvo un Redentor, que por ser su Hijo la libró de contraerlo.”

En suma y para concluir este punto, dice Hugo de San Víctor, que por el fruto se conoce el árbol. Si el Cordero fue siempre inmaculado, debió ser siempre también inmaculada la Madre⁵⁷; por lo que este mismo doctor saludaba a María diciéndole: “¡Oh, digna Madre de un digno Hijo!”, queriendo decir, que sólo María era digna Madre de tal Hijo, y que sólo Jesús era digno Hijo de tal Madre. “¡Oh, digna de tan digno Hijo —continúa diciendo—, hermosa del hermoso, excelsa del Altísimo, Madre de Dios”⁵⁸. Amamantada a vuestro Criador; al que os crió y os hizo tan pura y perfecta, que merecisteis que tomase en Vos el ser de hombre⁵⁹.

PUNTO III

Si convino, pues, al Padre preservar del pecado a María como a Hija suya, y al Hijo como a su Madre, también convino al Espíritu Santo preservarla como a Esposa suya. María, dice San Agustín, fue la única que mereció ser llamada Madre y Esposa de Dios⁶⁰; pues San Anselmo afirma que el Espíritu Santo descendió corporalmente en María, y colmándola de gracias

⁵⁷ Coll. 3 de Verb. Inc.

⁵⁸ Un. de S. Vict. Sermon. de Assun.

⁵⁹ Serm. de Nat. Virg.

⁶⁰ Serm. de Ass.

sobre todas las criaturas descansó en Ella, e hizo a su Esposa Reina del cielo y de la tierra⁶¹. Dice que descendió corporalmente en María en cuanto al efecto, pues vino a formar de su cuerpo inmaculado el inmaculado cuerpo de Jesucristo, conforme el Arcángel se lo había anunciado: “El Espíritu Santo descenderá sobre ti”⁶². Por esto, dice Santo Tomás, se llama María templo del Señor, sagrario del Espíritu Santo, porque por obra de éste fue hecha Madre del Verbo encarnado⁶³.

Pues bien: si un excelente pintor debiera casarse con una mujer hermosa o fea, según él mismo pintase, ¿no procuraría pintarla lo más hermosa que le fuese posible? ¿Cómo podrá decirse, pues, que el Espíritu Santo no obrase así en María, y que pudiendo hacer a su Esposa tan hermosa como le convenía, dejase de practicarlo? No, que así le convino y así lo hizo, como atestiguó el mismo Señor, cuando alabando a María la dijo: “Eres toda hermosa, amiga mía, y no hay defecto alguno en ti”⁶⁴; cuyas palabras, como dicen San Ildefonso y Santo Tomás, se aplican propiamente a María, según refiere Cornelio Alápide sobre dicho texto; y San Bernardino de Sena⁶⁵ y San Lorenzo Justiniano⁶⁶ afirman que las citadas palabras se entienden precisamente de su Inmaculada Concepción; por lo que el Idiota la dice: “Eres toda hermosa, Virgen gloriosísi-

⁶¹ De Exc. Virg. c. 4.

⁶² Luc. I, 35.

⁶³ Opusc. 8.

⁶⁴ Cant. IV, 7.

⁶⁵ Tom. 2. Serm. 42.

⁶⁶ Serm. de Nat. Virg.

ma, no en parte, sino en todo, y no hay en ti mácula de pecado, ni mortal, ni venial, ni original”⁶⁷.

Esto mismo significó el Espíritu Santo cuando llamó a su Esposa *huerto cerrado y fuente sellada*⁶⁸. María, dice San Jerónimo, fue este huerto cerrado y esta fuente sellada, pues no entraron jamás en ella los enemigos para ofenderla, sino que permaneció siempre ilesa, quedando santa en el alma y en el cuerpo⁶⁹, y hablando San Bernardo con la bienaventurada Virgen dice: “Tú eres huerto cerrado en el que nunca penetró la mano de los pecadores para robar sus flores”⁷⁰.

Sabemos que este divino Esposo amó más a María que a todos los demás Santos y Angeles juntos, según afirman el padre Suárez, San Lorenzo Justiniano y otros. El la amó desde el principio, y la elevó en santidad sobre todos, como expresa David: “Sus cimientos se apoyan sobre los montes santos; el Señor ama las puertas de Sion más que todos los tabernáculos de Jacob; un hombre ha nacido en ella, y el mismo Altísimo la fundó”⁷¹; palabras que todas significan que María fue santa desde el instante de su concepción. Lo mismo significa lo que dijo el Espíritu Santo en otros lugares: “Muchas son las hijas que han reunido riquezas, pero tú has aventajado a todas”⁷². Si María excedió a todas las criaturas en riquezas de gracia, luego tuvo también la justicia original, como la tuvie-

⁶⁷ In Contempl. B. V. c. 3.

⁶⁸ Cant. IV, 12.

⁶⁹ Ep. 10 ad Eust. de Ass.

⁷⁰ Vide in loc. cit. Cant. IV.

⁷¹ Ps. LXXXVI.

⁷² Prov. XXXI, 29.

ron Adán y los Angeles. Todas las almas justas son hijas de la divina gracia, pero entre éstas María fue la *paloma* sin hiel de culpa, la *perfecta* sin mancha de origen, la *única* concebida en gracia⁷³.

Así el Angel antes que ella fuese Madre de Dios ya la halló llena de gracia, y la saludó diciéndole: “Dios te salve, llena de gracia”; sobre cuyas palabras escribió Sofronio que la gracia se da a los otros Santos parcialmente, pero a María por entero⁷⁴; de modo que, dice Santo Tomás, la gracia no sólo santificó el alma, sino también la carne de María, a fin de que ella pudiese revestir al Verbo eterno⁷⁵. Todo esto, pues, conduce a conocer que el Espíritu Santo desde el momento de su Concepción la enriqueció y colmó de la divina gracia, como arguye Pedro Celense⁷⁶; por lo que San Pedro Damiano dice: “Siendo elegida y preelegida por Dios, el Espíritu Santo había de prevenir y hacer suya a esta Esposa antes que el demonio se apoderase de ella”⁷⁷.

Quiero concluir este discurso en el que me he extendido más que en los otros por razón de que nuestra mínima congregación tiene por su principal protectora a la santísima Virgen María, precisamente bajo el título de su Inmaculada Concepción. Quiero concluir, repito, exponiendo sucintamente cuáles son los motivos que me convencen, y que a mi parecer deben convencer a cualquiera de esta opinión tan piadosa y

⁷³ Cant. VII, 8.

⁷⁴ Serm. de Ass. B. V.

⁷⁵ Opusc. 7.

⁷⁶ Lib. de Panip. c. 10.

⁷⁷ Serm. de Ann.

gloriosa para la divina Madre, a saber, que Ella haya sido exentá de la culpa original.

Hay muchos doctores, los cuales sostienen que María fue también exenta hasta de contraer el débito del pecado; tales son el cardenal Galatino⁷⁸, el cardenal Casano⁷⁹, De Ponte⁸⁰, Salazar⁸¹, Catarino⁸², Novarino⁸³, Viva⁸⁴, De Lugo, Egilio, Richelio y otros. Esta opinión no deja de ser probable, porque si es verdad que en la voluntad de Adán, como cabeza del género humano, estuvieron incluidas las voluntades de todos los hombres, según lo sostienen con probabilidad Gonet⁸⁵, Gabet⁸⁶ y otros, apoyados en el texto de San Pablo: “En Adán todos pecaron”⁸⁷; si esto es, pues, probable, no deja de serlo también que María no contrajo la deuda del pecado, porque habiéndola distinguido Dios del común de los hombres por la gracia, debe creerse piadosamente que en la voluntad de Adán no incluyó la de María.

Esta opinión es solamente probable, y a ella me adhiero por redundar en mayor gloria de mi querida Señora; pero tengo también por cierta la otra de que

⁷⁸ De Arca. Lib. 7, c. 18.

⁷⁹ Lib. 8. Exerc. 8.

⁸⁰ Lib. 2. Cant. ex. 10.

⁸¹ D. V. Conc. c. 7, pár. 7.

⁸² D. pec. orig. c. ult.

⁸³ Umbr. Virg. c. 10, exc. 28.

⁸⁴ P. 8, d. 2, q. 2, a. 3.

⁸⁵ Man. tom. 3, tr. 5, c. 6, pár. 2.

⁸⁶ Tom. 3, pec. c. 7.

⁸⁷ Rom. 5.

* No faltará tal vez quien al leer estas doctrinas, que el santo Obispo de Santa Agueda llama aquí opiniones probables, eche de ver al instante la dificultad que con ellas hay de explicar cómo la Santísima Virgen pueda

María no contrajo el pecado de Adán, como la tienen por cierta y aun por próximamente definible de fe, según su expresión, el cardenal Everardo⁸⁸, Duvalio⁸⁹, Raynaldo⁹⁰ y otros muchos. De consiguiente, omito las revelaciones que confirman la referida opinión, especialmente la de Santa Brígida, aprobadas ya por el cardenal Torquemada y por cuatro Sumos Pontífices, como se lee en el libro VI de dichas Revelaciones en muchos lugares⁹¹. Mas de ningún modo puedo dejar de notar aquí las sentencias de los Santos Padres sobre esta materia para manifestar cuán acordes estuvieron en conceder este privilegio a la divina Madre. San Ambrosio dice: “Recíbeme no de Sara, sino de María, para que sea Virgen pura, Virgen exenta por la gracia

decirse redimida y reconciliada a Dios por Jesucristo, el cual, como la fe nos enseña, murió por todos los hombres sin distinción alguna, según aquello del Apóstol: *Christus pro omnibus mortuus est* (ad Cor. V). Los editores de la LIBRERIA RELIGIOSA no ignoran estas y otras dificultades, que muchos teólogos hallan en dichas aserciones, y en particular el cardenal Cayetano, quien escribiendo a León X dice: “Positio dicens B. virginem esse praeservatam a peccato originali, et reatibus est contraria fidei catholicae, quoniam repugnat iis, quae in Sacra Scriptura, et aliis documentis fidei, certis et necessariis continentur”, y después: “Dammanda igitur videtur specialiter positio, quae asserit B. virginem totaliter praeservatam a peccato originali, ut scilicet *nihil ejus* incurrerit.” (Opuc. de Conceppl. B. M.); sin embargo, como las obras de San Alfonso María de Ligorio, después de un maduro examen, han sido declaradas por la Santa Sede inunes de todo error contra la fe, sin que se haya hallado en ellas cosa alguna que pudiese impedir el proceder a la solemne canonización de su autor, han creído poder imprimir y publicar esta obra sin alterar en lo más mínimo el texto del autor, mayormente no habiendo nada definido sobre lo que él llama opiniones probables. (*Nota de los Editores.*)

⁸⁸ In Exam. Theol.

⁸⁹ 1, 2, q. 2 de pecc.

⁹⁰ Pied. Lugd. n. 29.

⁹¹ Al c. 12, 49 y 55.

de toda mancha de pecado”⁹². Hablando Orígenes de María dice: “No ha sido inficionada por el venenoso hálito de la serpiente”⁹³. San Efrén: “Inmaculada y muy remota de toda mancha de pecado”⁹⁴. San Agustín, sobre las palabras del Angel: *Dios te salve, llena de gracia*, escribió: “Con ellas muestra que cesó del todo (nota *del todo*) el enojo de la primera sentencia, restituyéndose la gracia llena de bendición”⁹⁵. San Jerónimo: “Aquella nube no estuvo en las tinieblas, sino siempre en la luz”⁹⁶. San Cipriano u otro autor: “Ni permitía la justicia que aquel vaso de elección se contaminase con la común afrenta, porque siendo tan superior a los demás, participaba de la naturaleza, pero no de la culpa”⁹⁷. San Anfiloquio: “El que formó a la primera Virgen exenta de pecado, creó a la segunda sin sombra de delito”⁹⁸. Sofronio: “Llábase la Virgen Inmaculada porque no fue contaminada en lo más mínimo”⁹⁹. San Ildefonso: “Consta que fue exenta del pecado original”¹⁰⁰. San Juan Damasceno: “La serpiente no tuvo entrada en este paraíso”¹⁰¹. San Pedro Damiano: “La carne de la Virgen, aunque tomada de Adán, no contrajo las manchas de éste”¹⁰².

92 Serm. 22 in Ps. CXVIII.

93 Hom. 1.

94 Tom. 5, orat. ad Dei Gen.

95 Serm. 11 de Nat. Dom.

96 In Ps. LXXVII.

97 Lib. de Carn. Christi oper. de Nat.

98 Tr. de Deip.

99 In Ep. ap. Syn. Tom. 3, p. 307.

100 Cons. Disp. de Virg. Mar.

101 Or. 2 de Nat. Mar.

102 Serm. de Ass. Virg.

San Bruno: “Y ésta es aquella tierra incorrupta a la que bendijo el Señor y por lo mismo libre de todo contagio de pecado”¹⁰³. San Buenaventura: “Nuestra Señora estuvo llena de la gracia preventiva en su santificación, esto es, de la gracia que la preservó de la fealdad de la culpa original”¹⁰⁴. San Bernardino de Sena: “No es creíble que el Hijo de Dios quisiese nacer de la Virgen o tomar su carne, estando contaminada por el pecado original”¹⁰⁵. San Lorenzo Justiniano: “Desde su misma Concepción estuvo precavida en bendiciones”¹⁰⁶. El Idiota, sobre aquellas palabras *hallaste gracia*, dice: “Hallaste gracia singular, oh dulcísima Virgen, porque fuiste preservada de la mancha original”¹⁰⁷. Y lo mismo dicen otros muchos doctores.

Finalmente, los motivos que garantizan la verdad de esta piadosa sentencia son dos: el primero, el consentimiento universal de los fieles sobre este punto. El padre Gil de la Presentación atestigua¹⁰⁸ que todas las órdenes religiosas son de este dictamen, y un autor moderno de la misma Orden de Santo Domingo dice que aun cuando haya noventa y dos escritores que sostienen la opinión contraria, ciento treinta y seis profesan la nuestra. Pero lo que sobre todo debe persuadirnos que nuestra piadosa opinión se halla conforme con el común sentir de los católicos, es lo

¹⁰³ In Ps. CI.

¹⁰⁴ Serm. 2 de Assumpt.

¹⁰⁵ Tom. 3. Serm. 49.

¹⁰⁶ Serm. de Annunc.

¹⁰⁷ Cap. 6.

¹⁰⁸ De Praef. Virg. q. 6, n. 4.



Quasi plantatio rosæ in Jericho. *Eccl. 24. 18*

Quasi flos rosarum in diebus æternis. *2. cor. 9. 16*

Quasi rosa plantata super rivos aquarum. *Eccl. 24. 17*

CVXIN

Florebit quasi lilium *L. III.*



In conspectu potentium admirabilis ero,

In facies principum adorantur.

que el papa Alejandro VII nos atestigua en su célebre bula, *La solicitud de todas las iglesias*, expedida a fines del año 1661, en la que se dice: “Tomó nuevo aumento y se propagó esta devoción y culto de la Madre de Dios... de manera que habiendo adoptado esta opinión (a saber la pía), las universidades ya la siguen, y casi todos los católicos la han abrazado”. En efecto, la profesan las academias de la Sorbona, de Alcalá, de Salamanca, de Coimbra, de Colonia, de Maguncia, de Nápoles y otras muchas, en las cuales todos los que se gradúan se obligan con juramento a defender la Inmaculada Concepción de María. De este argumento, esto es, del común dictamen de los fieles, se vale sobre todo el docto Petavio para probar esta opinión¹⁰⁹, argumento que, según escribe el doctísimo obispo don Julio Torni¹¹⁰, no puede dejar de convencer, porque si verdaderamente el común consentimiento de los fieles nos asegura de la santificación de María en el seno de su madre y de su gloriosa Asunción al cielo en alma y cuerpo, ¿por qué esta común opinión de los fieles no nos asegura también de su Concepción Inmaculada?

El otro motivo más fuerte aun que el primero, que nos hace creer que la Virgen estuvo exenta del pecado original, es la fiesta que la Iglesia universal ha establecido en celebración de su Concepción Inmaculada, sobre lo que por un lado veo que la Iglesia celebra el primer instante en que fue criada el alma de María y unida al cuerpo, como declara Alejandro VII en la bula que se ha citado, en la cual se dice que la Iglesia

¹⁰⁹ Tom. 5, p. 2, l. 14, c. 2, n. 10.

¹¹⁰ In Adn. ad Est. l. 2, dist. 3, pár. 2.

tributa a la Concepción de María el mismo culto que la piadosa opinión, según la cual fue concebida sin la culpa original. Por otra parte, no ignora que la Iglesia no puede celebrar lo que no sea santo, según los oráculos de San León, papa¹¹¹, y de San Eusebio, pontífice: “En la Sede Apostólica siempre se ha conservado la Religión apostólica sin mancha”¹¹²; y como enseñan todos los teólogos con San Agustín¹¹³, San Bernardo¹¹⁴, y Santo Tomás, el cual, para probar que María fue santificada antes de nacer, se sirve precisamente de este argumento, esto es, de la celebración que hace la Iglesia de su nacimiento, y por esto dice: “La Iglesia celebra la Natividad de la bienaventurada Virgen; es así que no se celebra fiesta en la Iglesia sino por algún Santo; luego la bienaventurada Virgen fue santificada en el vientre de su madre”¹¹⁵. Si es cierto, pues, como dice el Doctor Angélico, que María fue santificada en el vientre de su madre, pues la Iglesia santa celebra su nacimiento, ¿por qué no hemos de tener también por cierto que María fue preservada del pecado original desde el primer instante de su Concepción, ya que sabemos que en este sentido la misma Iglesia celebra su fiesta? En confirmación de este gran privilegio de María son bien conocidas las innumerables y prodigiosas gracias que el Señor se complace dispensar todos los días en el reino de Nápoles por medio de las estampas de la

¹¹¹ Ep. Decret. 4, c. 2.

¹¹² Decret. 24, 9, 1, c. In Sede.

¹¹³ Serm. 95 et 113.

¹¹⁴ Ep. ad Dan. Lugd.

¹¹⁵ 3 p. q. 27, a. 1.

Inmaculada Concepción. Yo pudiera citar una multitud de ellas presenciadas por los Padres de nuestra misma congregación, pero me limitaré a referir dos que verdaderamente son admirables.

EJEMPLO

En una de las casas que nuestra mínima congregación posee en el reino de Nápoles, se presentó una mujer diciendo a uno de nuestros Padres que su marido no se había confesado hacía muchos años, y que la infeliz ya no sabía qué hacerse para reducirle, pues hablándole de confesión la maltrataba. El padre le contestó que le diese una estampa de la Inmaculada Concepción. A la noche la mujer suplicó nuevamente a su marido que se confesase; pero no queriendo éste hacer ningún caso de sus palabras como acostumbraba, ella le dio una estampa. He aquí que apenas el marido la recibió, dijo: “Y bien, ¿cuándo quieres llevarme a confesar, que estoy dispuesto a ello?” La mujer empezó a llorar de alegría al ver aquel cambio tan repentino. Efectivamente, por la mañana vino a nuestra iglesia; y habiéndole preguntado el expresado padre cuánto tiempo había transcurrido desde su última confesión, respondió que veintiocho años. “¿Y cómo —replicó el padre— os habéis decidido esta mañana a venir a confesaros?” “Padre —le contestó—, yo permanecía obstinado; pero anoche mi mujer me dio una estampa de la Virgen, y luego experimenté tal mudanza en mi corazón, que esta noche cada momento me parecía que eran siglos, anhelando que

llegase el día para poder venir a confesarme.” En efecto, se confesó con mucho dolor, mudó de vida, y continuó mucho tiempo confesándose a menudo con el mismo padre.

En otro lugar de la diócesis de Salerno, mientras hacíamos allí la santa misión, había un hombre enemistado mortalmente con otro que le había ofendido. Un padre de los nuestros le habló para que le perdonase, y él le contestó: “Padre mío, ¿me habéis visto jamás asistir a vuestros sermones? No por cierto, y por esto jamás voy a oírles; no ignoro que estoy condenado; pero no importa, quiero vengarme.” El padre insistió mucho para convertirle, pero viendo que sus palabras eran inútiles, le dijo “Tomad esta estampa de la Virgen.” El le respondió: “¿Y para qué sirve esta estampa?” Sin embargo, habiéndola tomado, aunque siempre había negado el perdón que le pedía, dijo al misionero: “Padre mío, ¿desea vuestra reverencia otra cosa más que el perdón? Aquí estoy pronto a perdonar.” Y al efecto quedaron de acuerdo para la mañana siguiente. Mas al otro día había ya mudado de parecer y no quería cumplir lo que antes había ofrecido. Dicho padre le entregó otra estampa, la que no quería admitir, y sólo después de muchas instancias accedió a ello; mas, ¡oh maravilla!, al momento que tomó la otra estampa exclamó: “Ea, despachemos; ¿dónde se halla mi enemigo?”, y luego le perdonó y se confesó después.

ORACIÓN

¡Ah! mi Inmaculada Señora!, yo me regocijo con Vos al veros enriquecida de tanta pureza. Doy gracias y propongo darlas siempre al común Criador, por haberos preservado de toda mancha de culpa, como tengo por cierto, y para defender el grande y singular privilegio de vuestra Inmaculada Concepción juro dar, si fuese necesario, hasta mi vida. Quisiera que todo el mundo os conociese y admirase como aquella bella *Aurora*, siempre esplendente de divina luz; como aquella *Arca* elegida de salud, libre del común naufragio del pecado; como aquella *perfecta e inmaculada Paloma*, según la expresión de vuestro divino Esposo; como aquel *Huerto cerrado*, que fue la delicia de Dios; como aquella *Fuente sellada*, en la que jamás entró el enemigo a enturbiar sus aguas; y, en fin, como aquel blanco *Lirio*, cual sois Vos, que naciendo entre las espinas de los hijos de Adán donde todos nacen manchados de la culpa y enemigos de Dios, Vos nacisteis pura, llena de candor y amada de vuestro Criador.

Permitid, pues, que yo también os alabe como os alabó vuestro mismo Hijo: “Toda tú eres hermosa, y no hay ninguna mancha en ti.” ¡Oh purísima paloma, toda candidez, toda belleza, siempre amiga de Dios! ¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres! ¡Ah dulcísima, amabilísima, Inmaculada María! Vos que sois tan hermosa a los ojos de vuestro Señor, no os desdeñéis de fijar vuestras misericordiosas miradas en las asquerosas llagas de mi alma. Miradme, apiadaos de mí y curadme. ¡Oh hermoso imán de los corazones! Atraed hacia Vos mi corazón miserable. Vos, que

desde el primer momento de vuestra vida aparecisteis pura y hermosa delante de Dios, compadeceos de mí, que no sólo nací en pecado, sino que después del bautismo he manchado mi alma con nuevas culpas. Aquel Dios que os eligió por Hija, Madre y Esposa suya, preservándoos por lo mismo de toda mancha, y prefiriéndoos en su amor a todas las criaturas, ¿qué gracia podrá jamás negaros? Virgen Inmaculada, Vos me habéis de salvar, os diré con San Felipe Neri, haced que me acuerde siempre de Vos, y no os olvidéis de mí. Me parece que tardará todavía mil años en llegar el feliz momento de poder contemplar vuestra hermosura en el cielo, para alabaros y amaros aún más, Madre mía, Reina mía, querida mía, hermosísima, dulcísima, purísima, Inmaculada María. Amén.

DISCURSO II

DEL NACIMIENTO DE MARÍA

María nació santa, y gran santa, pues la gracia con que Dios la enriqueció desde el principio, y la felicidad con que la Virgen le correspondió luego, fueron muy grandes

Los hombres acostumbran celebrar con fiestas y demostraciones de alegría el nacimiento de sus hijos, mientras debieran más bien llorarle con señales de luto y de dolor, considerando que no sólo nacen privados de mérito y razón, sino manchados de la culpa, hijos de ira y condenados por lo mismo a todas las miserias

y a la muerte. Al contrario, es justo celebrar con fiestas y alabanzas universales el nacimiento de María, porque si viene al mundo niña, a lo menos viene grande en méritos y virtudes. María nace santa, y gran santa; pero para comprender el grado de santidad con que nació, es preciso considerar antes de todo cuán grande fue la primera gracia con que Dios la enriqueciera, y después cuán grande fue la fidelidad con que María correspondió luego a Dios.

PUNTO I

Tratando del primer punto, es cierto que el alma de María fue la más hermosa que Dios haya criado jamás, de modo que después de la Encarnación del Verbo, ésta fue la obra más grande y más digna de sí que el Omnipotente hizo en este mundo, como lo dice San Pedro Damiano. La divina gracia, pues, no cayó gota a gota sobre María como sobre los demás Santos, sino como la lluvia sobre un vellocino, según profetizó David¹. “El alma de María —dice San Basilio— fue a manera de la lana, que felizmente absorbió la abundante lluvia de la gracia sin perder una sola gota”². Por lo que ella declaró en el Eclesiástico: “Mi habitación fue en la plena reunión de los Santos”³; esto es, según explica San Buenaventura: “Poseo en su plenitud lo que los otros Santos sólo tienen en parte”⁴. Y San

¹ Ps. LXXI, 6.

² In Cat. D. Th. in 1 Luc.

³ Eccli. XXIV, 16.

⁴ S. Bonav. Serm. de B. V.

Vicente Ferrer, hablando especialmente de la santidad de María antes de su nacimiento, dice que ella aventajó a todos los Santos y Angeles en santidad por haber sido santificada en el vientre de su madre.

La gracia que obtuvo la bienaventurada Virgen excedió no sólo a la de cada Santo en particular, sino a la de todos los Santos y Angeles reunidos, según lo prueba el sabio padre Francisco Pepe, de la Compañía de Jesús, en su hermosa obra de las *Grandezas de Jesús y María*⁵; y afirma que esta opinión tan gloriosa para nuestra Reina es actualmente común y admitida como cierta entre los teólogos modernos, como son Cartagena, Suárez, Spineli, Recupito, Guerra y otros, los cuales la han examinado ex profeso, lo que no hicieron los doctores antiguos: y además refiere que la divina Madre envió al padre Martín Gutiérrez a dar gracias de su parte al padre Suárez por haber defendido tan hábilmente esta opinión muy probable, la cual, como atestigua el padre Señeri en su *Devoto de María*, ha sido después sostenida unánimemente por la escuela de Salamanca.

Si esta sentencia, pues, es común y cierta, mucho más probable será aún también que María desde el primer instante de su Inmaculada Concepción recibió esta gracia superior a la de todos los Santos y Angeles juntos, como lo defiende con empeño el mismo padre Suárez y con él los padres Spineli, Recupito⁶ y La-Colombière⁷. Pero además de la autoridad de los

⁵ Tom. 3. Lec. 136.

⁶ Ap. P. Pepe Loc. cit.

⁷ Pred. 29.

teólogos hay dos grandes y poderosas razones que prueban la referida opinión. La primera es que María fue elegida por Dios para Madre del Verbo divino; por lo que el beato Dionisio Cartujano dice que habiendo sido ella elevada a un orden superior a todas las criaturas, pues la dignidad de Madre de Dios, según el padre Suárez, pertenece en cierto modo al orden de la unión hipostática, con razón desde el principio de su vida le fueron conferidos los dones de un orden superior, que excedieron incomparablemente a todos los concedidos a las demás criaturas. En efecto, no puede dudarse que al mismo tiempo que en los divinos decretos fue predestinada la persona del Verbo eterno para hacerse hombre, le fue destinada también la Madre en cuyo seno había de tomar el ser humano, y ésta fue nuestra niña María. Santo Tomás enseña que el Señor da a cada uno la gracia proporcionada a la dignidad a que le destina⁸; lo que San Pablo ya enseñó antes cuando escribió: “Quien nos hace también idóneos ministros del Nuevo Testamento”⁹; dándonos a entender que los Apóstoles recibieron de Dios los dones proporcionados a la importancia del ministerio a que fueron llamados. San Bernardino de Sena añade que cuando Dios elige a alguno para cualquier estado, recibe no solamente las disposiciones necesarias al mismo, sino también los dones convenientes para ejercerlo dignamente¹⁰. Si María, pues, fue elegida para ser Madre de Dios, fue muy conveniente que

⁸ 3 p. q. 27, a. 5.

⁹ II Cor. III, 6.

¹⁰ Serm. 10, a. 1, c. 1.

desde el primer instante Dios la adornase de una gracia inmensa y de un orden superior a la de todos los hombres y Angeles, debiendo la gracia corresponder a la dignidad inmensa y eminente a la que Dios la elevaba, como concluyen todos los teólogos con Santo Tomás¹¹; de manera que María antes de ser Madre de Dios, según dice el santo Doctor, fue adornada de una santidad tan perfecta que la hizo idónea para tan sublime dignidad¹².

Y antes había dicho que por esto María se llamaba llena de gracia, no ya por parte de la misma gracia, porque ella no la tuvo en el grado de excelencia de que es susceptible, así como tampoco fue suma la gracia habitual de Jesucristo, como dice el mismo santo Doctor, de manera que la virtud divina no hubiera podido hacerla mejor de potencia absoluta, aun cuando fue una gracia suficiente y correspondió al objeto que la divina Sabiduría se había propuesto, esto es, a la unión de la naturaleza humana con la persona del Verbo¹³. El mismo angélico Doctor enseña que la divina potencia es tan grande que por más que dé, siempre le queda para dar; y aunque la facultad natural de la criatura en cuanto al recibir sea en sí limitada de modo que pueda enteramente llenarse, no obstante su facultad de obedecer a la divina voluntad es ilimitada, y Dios puede siempre llenarla más, aumentando su capacidad para recibir¹⁴; por lo que,

¹¹ Loc. cit. art. 4.

¹² Loc. cit. q. 27 a. 5, ad. 1.

¹³ D. q. 7, a. 12, ad. 2.

¹⁴ S. Thom. q. 20, de Verit. a. 3, ad. 9.

volviendo a nuestro propósito, dice Santo Tomás que aunque la bienaventurada Virgen no estuvo llena de gracia en cuanto a la misma gracia, sin embargo se dice llena de gracia con respecto a ella misma, porque recibió una gracia inmensa, suficiente y correspondiente a su elevada dignidad, de modo que esta gracia la hiciese idónea para ser Madre de Dios¹⁵. Por lo que, añade Benedicto Fernández, que la medida para conocer cuánta haya sido la gracia comunicada a María es su dignidad de Madre de Dios.

Con razón, pues, dijo David que los cimientos de esta ciudad de Dios, María, debían abrirse sobre las cimas de los montes¹⁶, esto es, que el principio de la vida de la Virgen debía ser más alto que todas las vidas consumadas de los Santos. El Señor, prosigue el profeta, ama las puertas de Sión más que todos los tabernáculos de Jacob. Y el mismo David dio la razón de esto, porque Dios debía hacerse hombre en su seno virginal; por lo que fue conveniente que el Señor diese a esta Virgen desde el primer momento que la crió una gracia correspondiente a la dignidad de Madre de Dios.

Este fue el mismo pensamiento de Isaías cuando dijo que en los tiempos venideros debía prepararse el monte de la casa del Señor, que fue la bienaventurada Virgen, sobre la cumbre de todos los demás montes; y que por esto todas las naciones debían correr a él para recibir las divinas misericordias¹⁷. San Gregorio expli-

¹⁵ D. q. 7, art. 10, ad. 1.

¹⁶ Ps. LXXXVI, 1.

¹⁷ Isai. II, 2.

ca este pasaje diciendo: “Monte en verdad sobre la cumbre de los montes, porque María en su elevación resplandece sobre todos los Santos”¹⁸. Y San Juan Damasceno: “Monte que plugo a Dios escoger para su morada. Por esto María fue llamada ciprés, pero ciprés del monte Sión; cedro, pero cedro del monte Líbano; olivo, pero olivo hermoso; elegida, pero elegida como el sol; pues dice San Pedro Damiano que así como este astro con su resplandor eclipsa de tal modo el brillo de las estrellas, que estas desaparecen, así la gran Virgen Madre aventaja con su santidad a los méritos de toda la corte celestial”¹⁹; “de manera —dice elegantemente San Bernardo— que María fue tan elevada en dignidad, que a Dios no le convenía tener otra Madre que María, ni a María otro Hijo que Dios”.

La segunda razón que prueba que María, en el primer instante de su vida, fue más santa que todos los Santos reunidos, se funda en el grande oficio de mediadora de los hombres que obtuvo desde el principio; por lo que fue necesario que ya entonces poseyese más gracia que todos los hombres juntos. Es sabido cuán común era entre los teólogos y Santos Padres el atribuir a María este título de mediadora, por haber alcanzado con su poderosa intercesión y mérito de congruidad la salud de todos, procurando al mundo perdido el gran beneficio de la redención. Se dice mérito de congruidad, porque sólo Jesucristo es nuestro mediador por vía de justicia, y por mérito *de condigno*, como llaman las escuelas, habiendo El ofrecido sus

¹⁸ Lib. 1 in I Reg. c. I.

¹⁹ Serm. de Ass.

méritos al eterno Padre, que los aceptó para nuestra salvación. Al contrario, María es mediadora de gracia por vía de simple intercesión, y por mérito *de congruo*, habiendo ofrecido a Dios, como dicen los teólogos con San Buenaventura, sus méritos por la salvación de todos los hombres, y Dios por gracia los aceptó con los méritos de Jesucristo. Por esto dice San Arnolfo Carnotense: “María cooperó con Cristo a nuestra salud.” Y Ricardo de San Víctor: “Deseó la salud de todos, la solicitó y la alcanzó, y puede decirse que por medio de Ella quedó efectuada”²⁰. De manera que todo bien, todo don de vida eterna que cada uno de los Santos recibió de Dios, le fue dispensado por la mediación de María.

Esto es lo que la Iglesia quiere darnos a entender cuando honra a la divina Madre, aplicándole las palabras del Eclesiástico: “En mí se halla toda la gracia para conocer el camino de la verdad.” Dicese *camino*, porque por María se dispensan todas las gracias a los viajeros de este mundo: *de la verdad*, porque por María se da la luz de la verdad. “En mí toda esperanza de vida y de virtud”: *vida*, porque por María esperamos alcanzar la vida de la gracia en la tierra, y la de la gloria en el cielo: *virtud*, porque por medio de María se adquieren las virtudes, y especialmente las teologales, que son las principales virtudes de los Santos. “Yo soy Madre del amor hermoso, del temor, del conocimiento de la salvación, y de la santa confianza.” María con su intercesión alcanza a sus siervos los dones del divino amor, del temor de Dios, de la luz celestial y de la santa confianza; de lo que

²⁰ Cap. 26 in Cant.

deduce San Bernardo que la Iglesia enseña que María es la mediadora universal de nuestra salvación²¹.

Por esto San Sofronio, patriarca de Jerusalén, afirma que el arcángel Gabriel la llamó llena de gracia, porque mientras a los otros, dice el mismo Santo, se les dio la gracia limitada, María la recibió entera²²; a fin de que, según dice San Balisio, pudiese ser así digna mediadora entre Dios y los hombres. De otro modo, replica San Lorenzo Justiniano, si la santísima Virgen no hubiese estado llena de la divina gracia, ¿cómo hubiera podido ser la escala del paraíso, la abogada del mundo, y la verdadera mediadora entre los hombres y Dios?²³.

He aquí, pues, bien demostrada la segunda razón que he propuesto. Si María desde el principio, como Madre destinada al común Redentor, recibió el oficio de mediadora de todos los hombres, y por consiguiente también de todos los Santos, fue asimismo necesario que desde el principio tuviese una gracia más grande que todos los Santos por quienes ella debía interceder. Me explicaré más claro. Si por medio de María debían hacerse amados de Dios todos los hombres, era necesario que María fuese más santa y más amada del mismo que todos ellos juntos. De lo contrario, ¿cómo hubiera podido interceder por todos los demás? Para que un intercesor alcance del príncipe la gracia para todos los vasallos es absolutamente necesario que el monarca le ame más que a todos sus demás súbditos. Y

²¹ Epist. 147 ad cap. Lug.

²² Serm. de Ass.

²³ Serm. de Ann. B. V.

por esto María, concluye San Anselmo, mereció ser digna reparadora del mundo perdido, porque fue la más santa y más pura de todas las criaturas²⁴.

María fue, pues, mediadora de los hombres, se dirá tal vez, pero ¿cómo puede llamarse también mediadora de los Angeles? Muchos teólogos sostienen que Jesucristo mereció también para los Angeles la gracia de la perseverancia, por lo que así como Jesús fue su mediador *de condigno*, así también María puede decirse mediadora de los Angeles *de congruo*, porque con sus ruegos aceleró la venida del Redentor. A lo menos mereciendo *de congruo* ser hecha Madre del Mesías, mereció a los Angeles la reparación de las sillas que perdieron los demonios. De consiguiente, a lo menos les mereció esta gloria accidental; y por esto Ricardo de San Víctor dijo: “Ambas criaturas fueron reparadas por María; pues por ella fue restaurada la ruina de los Angeles y reconciliada la naturaleza humana”²⁵; que es lo que antes había ya dicho San Anselmo con estas palabras: “Por esta Virgen fueron renovadas todas las cosas y restablecidas todas a su primitivo estado”²⁶.

Así nuestra Niña celestial, ya por haber sido la mediadora del mundo, ya por haber sido destinada para Madre del Redentor, desde el primer instante de su vida recibió una gracia superior a la de todos los Santos juntos. ¡Qué admirable espectáculo sería para el cielo y para la tierra la hermosa alma de esta feliz Niña, aunque encerrada todavía en el vientre de su

²⁴ De Excell. Virg. c. 9.

²⁵ In Cant. 4.

²⁶ De Exc. Virg. c. 11.

madre! Ella era la criatura más amable a los ojos de Dios, porque llena ya de gracia y de mérito podía desde entonces lisonjearse de que “siendo todavía niña fue del agrado del Altísimo”. Y era al mismo tiempo la criatura más amante de Dios que hasta aquel tiempo hubiese aparecido en el mundo, de manera que si María hubiese nacido inmediatamente después de su purísima Concepción, hubiera venido al mundo más rica de méritos y más santa que todos los Santos juntos. Figurémonos ahora cuánto más santa nació, viendo la luz después de haber adquirido nuevamente méritos, durante los nueve meses que estuvo en el vientre de su madre. Pasemos a considerar ahora el segundo punto, a saber, cuán grande fue la fidelidad con que María correspondió luego a la divina gracia.

PUNTO II

No es ya una simple opinión, dice el padre La Colombière²⁷, sino la opinión de todo el mundo, que recibiendo María en el vientre de Santa Ana la gracia santificante, recibió al propio tiempo el perfecto uso de la razón con una gran luz divina correspondiente a la gracia con que fue enriquecida. De modo que puede creerse que desde el primer instante en que su hermosa alma fue unida a su purísimo cuerpo, estuvo iluminada con todas las luces de la divina sabiduría para conocer con perfección las verdades eternas, la belleza de las virtudes, principalmente la infinita bondad de su Dios, y los títulos que El tiene al amor del género humano, y particularmente al suyo, en virtud de los

²⁷ Serm. 31.

privilegios singulares con que el Señor la había adornado y distinguido entre todas las criaturas, preservándola de la mancha de la culpa original, dándole una gracia tan inmensa, y destinándola para Madre del Verbo y Reina del universo.

Agradecida María a los dones de Dios, desde aquel primer momento empezó a obrar cuanto pudo, empleando fielmente la multitud de gracias que había recibido, y aplicándose a complacer y amar la bondad divina, a la que desde entonces amó con todas sus fuerzas, y continuó siempre amándola durante los nueve meses que precedieron a su nacimiento, en los cuales no cesó un solo momento de unirse más a Dios con fervorosos actos de amor. Hallándose exenta de la culpa original, lo era también de todo afecto terreno, de todo movimiento desordenado, de toda distracción, de toda rebelión de los sentidos que pudieran haberle impedido de ir adelantando en el divino amor; todos sus sentidos estaban también acordes con su bendito espíritu en elevarse al Señor; por lo que su hermosa alma, libre de todo impedimento, volaba incesantemente hacia Dios, siempre le amaba, y continuamente aumentaba su amor. Por esto ella misma se llama: "Plátano plantado en la corriente de las aguas"²⁸, pues fue aquella noble planta de Dios que creció siempre a la corriente de las divinas gracias. Por esto se llama igualmente vid²⁹, no sólo porque fue tan humilde a los ojos del mundo, sino también porque así como la vid siempre va creciendo (los otros árboles, como el na-

²⁸ Eccli. XXIV, 19.

²⁹ Eccli. XXIV, 23.

ranjo, el m̀oral, el peral llegan a una elevaci3n determinada, pero la vid crece siempre hasta que llega a la altura del 3rbol al que se arrima); as3 la sant3sima Virgen creci3 siempre en la perfecci3n (*Dios te salve, vid siempre lozana*, dec3ale salud3ndola San Gregorio Taumaturgo), y siempre estuvo unida a su Dios, que era su 3nico apoyo³⁰. De aqu3 es que de Ella habl3 el Esp3ritu Santo cuando dijo: “¿Qu3en es esta que sabe del desierto llena de delicias, apoyada sobre su amado?”³¹ San Ambrosio comenta estas palabras diciendo: “Esto es, que sube para asirse al Verbo divino, como el sarmiento de la vid. ¿Qu3en es esta que unida al Verbo de Dios se eleva como una planta de vid apoyada a un grande 3rbol?”³².

Dicen muchos y graves te3logos que el alma que posee un h3bito de virtud, siempre que corresponda fielmente a las gracias actuales que recibe de Dios, produce un acto igual en la intenci3n al h3bito que posee, de manera que cada vez adquiere un nuevo y duplicado m3rito igual a la suma de m3ritos ya antes adquiridos. Este aumento ya fue concedido, como dicen, a los Angeles en su estado de viadores; y si se les concedi3 a ellos, ¿qu3en podr3 negarlo a la divina Madre mientras vivi3 en este mundo, y especialmente en el tiempo de que hablo, en que estuvo encerrada en el vientre de su madre, y durante el cual fue ciertamente m3s fiel que los Angeles en corresponder a la gracia? Mar3a, pues, en cada momento de aquel

³⁰ Serm. 1 in Ann.

³¹ Cant. VIII, 5.

³² Ap. Scg. Praed. 40 dell' An.